

# LA CRISIS COMO OPORTUNIDAD

## UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

Los discursos y slogans de la campaña electoral tienen como centro la crisis del país. Cada candidato ofrece encararla y salir de ella. Los partidos mayoritarios hablan de la crisis. Pero el ingente despliegue publicitario, el dispendio agotador de energías humanas y recursos económicos hablan más elocuentes que las palabras. Su mensaje es que a estos candidatos y a las maquinarias de sus partidos no les importa la crisis, lo que les importa realmente es el poder, así esté erosionado. Les importa cogerse el poder y disfrutarlo. Los candidatos del status hablan de la crisis del país; "en cambio ofrecen al venezolano cuñas de televisión, discursos insustanciales y propaganda carente de valores. Todo ello dentro de un aterrador vacío ideológico como si fuéramos un pueblo deficiente mentalmente" (Mons. Alfredo Rodríguez, El Nacional 28-7-83). Los candidatos y sus partidos hablan de "mi pueblo", pero al promocionarse como si fueran detergentes desprecian al pueblo y se irrespetan a sí mismos. Los candidatos hablan de la crisis del país, pero al reincidir en esas visitas fugaces en que ni toman contacto con la gente ni ven la realidad y en esas marchas y concentraciones de las mismas caras fatigadas trasteadas de un lado para otro lo que hacen es ofrecer tristes carnavales incapaces de paliar la sed del pueblo de concentrarse, de intercambiarse masivamente, de ponerse en marcha.

Los candidatos, pues, ni están empleando sus energías en estudiar cómo salir de la crisis, ni proponen al pueblo elementos serios para un debate nacional, ni son canales de convocación popular. No dudamos de que en los partidos militan venezolanos sinceramente preocupados por el país, tampoco dudamos de la conveniencia de los partidos para nuestra vida democrática. Pero creemos representar el sentir mayoritario si afirmamos que los partidos del status no han encarado la crisis nacional para rehacerse. Al perder de vista el objetivo nacional se empantanaron miserablemente en una lucha intestina por el poder, incapaces de comprender que al alejarse de los problemas del país y del sentir popular socavan las bases de su poder y de su legitimidad. "Los únicos que parecen no darse cuenta que ésta no es hora de los predomnios sino de los programas, son los partidos políticos" (id.)

Enfrascados en la recta final del 5 y 6 electoral, poco podemos hacer los ciudadanos para que los jugadores políticos vuelvan en sí. Al menos podemos no contribuir a que la fiebre del carnaval publicitario electorero nos distraiga de las verdaderas preocupaciones del país y también de fiebres y gozos más creadores.

## NUESTRO DILEMA

Para nosotros la crisis debe convertirse en oportunidad para la reflexión y la acción fecunda: es ante todo un reto. Para los que somos cristianos es una Hora de Dios. La crisis es de proporciones históricas. La Venezuela de los años 70 no volverá y el modelo político-social que salió del pacto de

Punto Fijo está agotado. ¿Qué Venezuela estamos construyendo con nuestro modo de enfrentar o de no enfrentar esta época de reacomodo histórico? El reacomodo debe darse, se dará queramos o no, tanto a los niveles más globales de la configuración social o política como en el plano laboral, en el tren de vida o en la cultura. En esta coyuntura ¿dejaremos que fuerzas exógenas y reacciones reflejas y desarticuladas vayan definiendo nuestra fisonomía nacional o tomaremos iniciativas conscientes y progresivamente articuladas para diseñar nuestra vida según nuestra idiosincrasia y nuestros ideales? Ese es nuestro dilema.

Porque en esta época de cambio aun lo valioso de nuestra democracia política y sobre todo social no se mantendrá por inercia; se mantendrá únicamente si lo profundizamos dotándolo de cauces adecuados a lo que hemos llegado a ser por el proceso de crecimiento humano, social y político ocurrido en estas décadas, y acorde también a las nuevas posibilidades y límites.

Podemos considerar como desventura que esta crisis nos sorprenda sin líderes, pero esta desventaja tenemos que convertirla en oportunidad para crecer en iniciativa de base y en aprendizaje de delegaciones limitadas y responsables. Quienes sentimos la responsabilidad de nuestra hora tenemos que ponernos a pensar, a intercambiar informaciones e hipótesis y a actuar en áreas proporcionadas a nuestra capacidad. Desde esas experiencias concretas y complementarias podremos encarar los problemas más globales con más realismo y a la par con voluntad decidida de transformar lo que sea necesario.

## ¿QUIEN ES MI PROJIMO?

Y lo primero que es necesario es sin duda que cada uno de nosotros (como individuos, como familias, como vecinos, como gremios) estemos dispuestos a ceder algo o mucho de nuestras posiciones actuales. Yo, lo mío, los míos tienen que ser los primeros sujetos históricos del cambio. Si lo mío es intocable, si sólo los otros y lo de los otros ha de ser sacrificado, si el único para quien predicamos reajustes es el Estado habremos dejado pasar esta hora decisiva. Y lo primero que se nos pide es que hagamos sitio en nuestra conciencia, en nuestro tiempo, en nuestro interés al país, a sus diversas estructuras y sobre todo a sus gentes y en especial a nuestro pueblo.

Esto es especialmente difícil para el propio pueblo: La lucha por la vida se lleva la mayor parte de las energías y las ilusiones, y las que quedan tienden a consumirse en la espera de alguna improbable mejora por el partido o el padrino o el 5 y 6, o en el olvido semanal que trae la caña. Pensar en el que está pelando como uno, en el posible competidor en el trabajo escaso o en el terrenito disputado o en el agua que apenas llega es algo heroico. Y sin embargo pensar en el compañero de trabajo y en el vecino como compañeros y edificar solidaridades vecinales, culturales,

laborales y religiosas será el único modo de que la crisis, que golpea sobre todo al pueblo, no degenera para él en una terrible violencia horizontal que lo autodestruya, será el único medio de humanizar la crisis impidiendo a base de diálogo, creatividad y acogida mutua que la necesidad convierta a nuestro pueblo en lobos, y será también el único camino de lograr, luchando juntos, que los costos de la crisis carguen más equitativamente sobre los otros sectores sociales.

Ceder de lo propio y tener en cuenta a los demás resulta especialmente doloroso y a contrapelo para aquellos sectores que con un esfuerzo ímprobo se despegaron de la pobreza y llegaron a un mínimo bienestar, pero se encuentran abrumados por plazos perentorios (la vivienda, el carrito, el mobiliario) y por exigencias laborales que con dificultad pueden cumplir. Estas personas tensionadas, inseguras en su instalación precaria, insatisfechas y por otra parte orgullosas de haberse levantado por su propio esfuerzo ansían ante todo la seguridad y un mayor bienestar como premio a su dedicación; acaban de poner cerrojos, rejas y seguros para defenderse de eventuales agresores ¿y se les va a pedir que se abran a sus compañeros-competidores, a sus vecinos anónimos, a los problemas del país, a los necesitados que dejaron atrás? Y sin embargo su iniciativa y su tenacidad son imprescindibles para reorganizar al país; también su cautela y su prudencia para no arriesgar sin garantías mínimas de éxito. Pero a ellos se les pide especialmente no abandonarse al síndrome de la seguridad a cualquier precio y poner su iniciativa individual no sólo al servicio de ellos y sus familias sino también al provecho común.

El problema de buena parte de los profesionales es cómo salir de la trampa que les tendió la burguesía necesitada de aliados al comprarlos con sueldos que no se compaginan con su productividad, y en el caso de profesionales por cuenta propia cómo salir de sueldos dictados por "necesidades" de status y no por justa contraprestación de servicios. Entre éstos grupos sociales hay muchas personas lúcidas y de buenos sentimientos, tal vez escasean las que están dispuestas a ceder algo en este punto. Darán si acaso algo de su tiempo libre, pero si esto se hace con verdad pronto llegarán a un techo y entrarán en contradicción con los elementos que definen sus vidas: el sueldo y el status social con sus símbolos difícilmente renunciables. Estos grupos sociales que usufructúan la crisis y que en este sentido la causaron es casi imposible que vean la crisis como una oportunidad de cambio que casi no pueden sentir sino como pérdida. En cristiano tendríamos que decir que es muy improbable que se conviertan y que acepten como buena noticia una vida que cede confort por la alegría del servicio. Habrá con todo algunos que aprovechen la crisis para iniciar o profundizar una vocación de servicio público, bien sea en la esfera política, bien en la profesional colaborando con organizaciones populares o integrando agrupaciones profesionales de signo nacionalista.

La crisis es también una oportunidad para la institución eclesiástica. Ella puede elegir seguir escudándose en el trauma guzmancista para continuar como una de las "fuerzas vivas",

como una de las instituciones del status, en crisis como las otras y aferrada como ellas al poder y por lo tanto cada vez más implicada, al menos por omisión, con las instituciones económicas y políticas causantes de esta crisis. En la crisis, con la inseguridad que conlleva, ella puede también elegir como principio supremo preservar la identidad, tendiendo a entenderla por los signos ancestrales de la cultura cristiana sin preguntarse por su adecuación. Pero también la crisis puede ser ocasión para que la institución eclesiástica se pregunte si la padece y si, como su Fundador, conpadece con los que más la sufren. Y que se pregunte si, como proclamó en Puebla (No. 31-41), reconoce los rasgos sufrientes de Cristo que la interpela, en esos rostros muy concretos de desempleados y subempleados, de jóvenes frustrados por falta de oportunidades y de campesinos sobre-explotados, que son entre nosotros la expresión más inocultable de la magnitud de la crisis. Advertimos en nuestra institución eclesiástica signos contrapuestos de cómo encarar la crisis, aunque hay probabilidades de que sectores significativos den un paso efectivo en la opción preferencial por los pobres, que a nivel declarativo todos comparten, pero que si se desaprovecha la oportunidad puede convertirse en slogan vacío y encubridor.

Quienes sí están aprovechando la crisis como una oportunidad son un grupo de banqueros, empresarios y políticos asociados que de un modo criminal se sirven de la crisis y el desgobierno para hacer grandes negocios. Uno de los síntomas más patéticos de la descomposición de nuestra sociedad es la pavorosa impunidad de que gozan. Nada podemos hacer les ciudadanos para que se haga justicia. Por lo menos sí podemos no ser cómplices de sus negocios, ni llamar bienhechores a quienes son ladrones ni envidiar a quienes medran por el fraude y la descomposición nacional. Pero estos políticos atolondrados y estos empresarios criminales no son todos los políticos y empresarios del país. Los hay que por realismo, por temor a convulsiones mayores y, por qué no, también por sentido humano y nacionalista tal vez estén dispuestos a mirar más allá de sus negocios y pensar en su clase en el conjunto de las fuerzas sociales del país y tal vez ceden algo en sus empresas particulares y en las reglas de juego globales. Es improbable, pero tal como está la situación a nadie debemos deshauciar.

## PERDER PARA GANAR

No es pues época de mantener a como dé lugar privilegios y ventajas. Es hora de negociar, de transigir, de perder algo para ganarnos como nación y como pueblo. No es tiempo de seguir con los discursos grandilocuentes que todo lo ocultan y en los que nadie cree. Es hora de palabras sobrias, verdaderas y exigentes. Es ocasión para que los que están arriba abran los ojos, carguen con su responsabilidad y dirijan sus energías al riesgo creador. Es sobre todo una hora crucial para nuestro pueblo (el de los ranchos y el de los apartamentos) hora de transformar esa larga marcha de décadas, vivida casi siempre en solitario, en una marcha compartida, organizada, tenaz y festiva.